

La universidad latinoamericana ante el reto de la globalización _____

Antonio E. de Pedro Robles

I

La universidad pública latinoamericana inicia su andadura por este tercer milenio de la mano de una larga historia de triunfos, fracasos y frustraciones. Bajo el impulso de la globalización, la universidad latinoamericana pretende abordar los retos que impone el siglo XXI desde una educación concebida como el principal motor para el progreso y el desarrollo económico y social de la región. La mejor manera para que las diversas naciones del continente accedan a los beneficios propuestos desde la configuración de la sociedad del conocimiento.

Esta premisa no es nueva. Su herencia histórica se remonta hasta la segunda mitad del siglo XVIII, cuando las ideas ilustradas se desplegaron por toda la América colonial bajo el impulso del reformismo borbónico. El ideario ilustrado español concebía la educación como un ámbito de saberes eminentemente prácticos. Su implantación, dentro de un contexto presidido por

Bajo el impulso de la globalización, la universidad latinoamericana pretende abordar los retos que impone el siglo XXI desde una educación concebida como el principal motor para el progreso y el desarrollo económico y social de la región.

una monarquía despótica, estaba destinado, esencialmente, al fomento de la formación del individuo en razón de las necesidades y aspiraciones del Estado absolutista, promoviendo su acercamiento al conocimiento de las artes y las ciencias en procura de alcanzar el deseado "bien común" y el engrandecimiento del, por entonces, "beneficio imperial".

En América estas ideas ilustradas sufrieron un proceso de apropiación y relectura de parte fundamentalmente de las elites criollas. Es desde estos grupos desde donde se produjeron las aportaciones más originales y atrevidas; y desde donde el ideario educativo ilustrado adquirió un marcado sello de identidad nacional que el propio reformismo borbónico no había contemplado. Así, la educación ilustrada se convirtió en instrumento fundamental en la formación de la generación de jóvenes criollos de finales del siglo XVIII que participó activamente en el proceso independentista americano posterior; y contribuyó al desarrollo de los proyectos nacionales que configuraron las formas políticas y sociales de los nuevos Estado Nación que se desarrollaron a lo largo del siglo XIX en toda la América Hispana.

Ya en el siglo XX, estas ideas ilustradas mantuvieron parte de su vigencia, pasando a formar parte del sustrato enriquecedor y referencial de la educación que se ha impartido en el área. La idea de una educación popular, pública y gratuita,

capaz de atender a amplios sectores sociales, que respondiese al viejo principio del "bien común", mantuvo su vigencia en la mayoría de las diversas formas que el republicanismo latinoamericano ha desarrollado a lo largo del siglo pasado. De este modo, todos los niveles de la educación latinoamericana han sido impulsados desde este compromiso social entre el Estado y la ciudadanía. Compromiso que, curiosamente, casi todas las formas de gobierno que a lo largo del siglo ha tenido la región (dictadura o democracia) han respetado. Lo que nos indica hasta qué punto esta situación está enraizada en el propio ser y sentir del ciudadano latinoamericano.

Durante todo el siglo pasado, la universidad latinoamericana ha impulsado y defendido la idea de una educación pública estatal como factor primordial para el desarrollo y progreso de las naciones del área. Y esta situación se ha propiciado, a mi modo de ver, desde dos planteamientos primordiales que han tenido un enorme peso en la configuración de este discurso. El primero, se insiste en el mantenimiento y vigencia de unos referentes y valores ilustrados de la acción de gobernar, para los que la educación, en todos sus niveles, debe contemplarse como uno de los bienes más preciados de la sociedad moderna. Una educación que tiene por objetivo primordial la formación integral del ciudadano y su incorporación a una serie de recursos formativos

que le permitan acceder al mercado laboral. En este sentido, en la mayoría de los países latinoamericanos se siguen manejando aquellos principios republicanos decimonónicos de "la moral y las luces" como principales necesidades del individuo.

El segundo planteamiento conecta esta educación integral del ciudadano a la noción de servicio público que se ha ido desarrollando en el continente. Es decir, la educación es un derecho fundamental del ciudadano americano; y es un derecho que debe ser atendido por el Estado; bajo una noción de Estado que debe cumplir, a su vez, con su *rol* de "Estado Protector" que, al menos sobre el papel, han ido ejerciendo las distintas republicas.

En resumen, la educación es un bien público al que todo ciudadano tiene derecho acceder; y, como bien público, debe ser suministrado bajo costes mínimos o incluso gratuitamente, a todos los individuos que conforman la sociedad y a todos sus niveles. De tal manera que la educación superior en la América Latina no es vista como una opción que los individuos acceden o no según propia voluntad, posibilidades o recursos, sino es un *derecho opcional*, en tanto en cuanto el Estado está obligado a facilitar a su acceso, independientemente de que los individuos ejerzan o no este derecho, o sus condiciones sociales les permitan o no ejercerlo.

II

Hoy, la universidad pública latinoamericana vuelve a ser protagonista de un nuevo proceso ligado al despliegue en el continente del llamado fenómeno de la globalización. Ante esta situación se ha propiciado dentro de la comunidad de la educación superior latinoamericana lo que en principio pudiésemos definir como un "estado de expectación". Estado que ya ha manifestado sus primeros síntomas, caracterizados: de una parte, por un fuerte recelo y desconfianza ante el fenómeno; y, por otra parte, de un cierto sentimiento de expectativa positiva ante lo que se contempla como un reto modernizador de las estructuras educativas de la región.

Los síntomas de recelo ante los cambios que la implantación de la globalización conlleva han hecho sonar todas las alarmas de los sectores educativos y sociales más identificados con la idea de una educación pública. La globalización se considera un fenómeno capaz de socavar y destruir conquistas que se consideran patrimonio irrenunciable de las clases populares, alcanzadas por décadas de reivindicación y lucha social.

De la otra parte, y en contraposición a los anteriores argumentos, también se diagnostica un fuerte impulso —en especial de parte de las elites dirigentes y grupos del poder económico de los países latinoamericanos— por llevar a cabo reformas educativas que estén en consonancia con los

retos que la globalización está imponiendo. De manera que, y aunque sobre el papel se mantenga un discurso político institucional imbuido de la defensa de la educación como un bien público, la presión que el contexto neoliberal mundial ejerce sobre los gobernantes de los países latinoamericano, exige que se produzcan cambios notorios, cuando no radicales, en el rediseño de las políticas educativas. Cambios que no deben demorar en atender las necesidades de un mercado en un proceso de transformación radical y que deben afectar —como ya lo están haciendo— al propio concepto de "lo público" como factor sustentador hegemónico de lo educativo. De esta manera, lo que está en juego no es un simple reajuste o la aplicación de unas medidas reformadoras, sino el propio ejercicio social de la educación y el papel que el Estado debe cumplir en este nuevo escenario. En este sentido, estamos asistiendo a una auténtica transformación de la educación latinoamericana, de sus tradiciones y referentes históricos, de sus antiguos fines y cometidos. Una transformación que tiene signos más que evidentes de ruptura con respecto al anterior *status quo*, y que durante siglos constituyó la columna vertebral de estas sociedades.

III

En el año de 2001, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, con sede en Buenos Aires (Argentina), publicó un importante texto compilatorio en torno a la figura del

educador brasileño Paulo Freire (Torres, 2001). En ese libro, la investigadora y pedagoga argentina Adriana Puiggrós, buena conocedora de las universidades del continente, establece que el problema principal de la educación latinoamericana reside en la presión que ejerce la economía neoliberal con su programa de recorte de inversiones sobre la educación pública; convirtiendo a ésta en una educación desestructurada, atrasada e ineficaz para abordar los retos tecnológicos y programáticos del futuro (2001: 9-22).

Asimismo, afirma que "el conservadurismo de izquierdas" existente en amplios sectores de la educación latinoamericana no acepta ningún tipo de cambio, manteniendo una práctica de resistencia a la "ola destructiva neoliberal"; renuente, a su vez, a imaginar programas y conducir transformaciones de fondo que las universidades necesitan con urgencia. En este sentido, este conservadurismo actuaría, según Puiggrós, como un "aliado ingenuo" de dicho neoliberalismo, dejando el espacio libre para que éste, luego de arrasar el campo, "avance reconstruyendo la educación sobre bases antagónicas con el ideario democrático y progresista" (2001: 11).

Estas afirmaciones de la investigadora argentina me parecen especialmente acertadas, ya que evidencian síntomas que, en general, describen el panorama actual de lo que está ocurriendo en gran parte de las universidades de los países del área. Un

panorama que está asentado sobre la tensión entre dos grupos antagonicos: los promotores del cambio, de un cambio a cualquier precio; y los resistentes a ese cambio, también resistentes a cualquier precio.

No obstante, y visto este escenario de confrontación, es necesario otear otra posibilidad de respuesta ante el fenómeno global. Lo que llamaríamos una "tercera vía", un tercer posicionamiento que considerase nuevos enfoques ante el problema y permitiese salir del callejón en el que nos encontramos. Esta "tercera vía", que ya anticipo algunos denunciaran como "pactista" o "entreguista" mientras otros la asumirán como "antimoderna" al seguir defendiendo lo público como principio regulador por excelencia de la educación superior, parte de concebir la actual crisis educativa como una crisis de características históricas, que comparte hondas raíces con la propia crisis del modelo estado que se ha producido en las últimas décadas en el continente. Un modelo de estado que denominaremos "democracias populistas" y que en la mayoría de los países se había implantado como la salida "eficaz y progresista" a los profundos desequilibrios sociales, económicos y políticos que desde antiguo se han venido dando en la región.

El modelo populista ha venido utilizando la educación pública y estatal como un instrumento del juego del poder. Una moneda de cambio o del *cambalache* político. De

manera que *lo político*, bajo la acción de este "populismo democrático", ha adquirido, en particular en el contexto de la educación superior, una imagen de mero artificio disuasorio, de *travestismo social*, o, como se suele afirmar popularmente: de auténtica politiquería. Lo que la política tiene como instrumento dinamizador y transformador de las condiciones sociales, ha sucumbido ante una práctica deformadora, hueca de contenidos y de ideas. La educación pública ha perdido calidad y competitividad, convirtiéndose tan sólo en una nueva esfera en la que el poder dirime sus posesiones y establece sus cuotas partidistas. Lo que ha conllevado a que la educación pública, especialmente la que se desarrolla en las universidades, se resienta hasta límites insospechados, perdiendo cada vez más su credibilidad entre los sectores populares que ya no la conciben como referencia esencial de acceso a mejores condiciones de vida, ni como depositaria de unos valores de ciudadanía.

Por otra parte, las actuales circunstancias hacen necesario superar esta desconfianza. Recuperar para la universidad el verdadero debate político, asumiendo con decisión cuestiones que son primordiales para las sociedades latinoamericanas actuales: el deterioro del ambiente, la modernidad educativa, la equidad de género, la educación para el bienestar, la investigación transformadora, la integración de las minorías étnicas y sociales; y cuantos otros temas han ido marcando, en los últimos

tiempos, la agenda social de los países del área. La globalización y sus consecuencias concretan hoy la esencia de ese debate político. En ese sentido, la universidad pública no puede quedar fuera de su análisis y estudio; muy al contrario, debe ejercer un liderazgo social en su discusión y debate. De tal manera que la universidad pública debe retomar el espacio histórico que el populismo, con su falso igualitarismo, ha ido minando y destruyendo, en beneficio de las corrientes más conservadoras.

IV

La liberación de la educación superior en la década de los ochenta dejó la puerta abierta a la masiva presencia de la educación privada (Rodríguez Gómez, 2001). Ésta se ha convertido en una seria competidora de la tradicional universidad pública. Competencia que no se ha basado en algo exclusivamente académico, sino que se ha proyectado como una alternativa eficaz a la formación especializada de los sectores más influyentes de la sociedad. Como afirma Torres: "[...] la privatización es una poderosa herramienta para despolitizar las prácticas regulatorias del Estado" (2001: 38).

La estrategia implementada por la universidad privada en relación con la educación pública, ligada, en la mayoría de los casos, a los grandes grupos financieros nacionales o internacionales, se basa en una desacreditación planificada y continuada de la universidad pública. Con ello, se busca una

paulatina deslegitimación de estas instituciones, en razón de argumentos principalmente de eficacia economicista pero también académica, y una progresiva legitimación de la universidad privada como paradigma de modernidad. De la modernidad que la sociedad global demandaría de la educación superior para convertirla en una educación auténticamente competitiva y generadora de riqueza.

A su vez, esta estrategia posee otra característica que, a mi modo de ver, resulta muy eficaz para los fines que persigue los grandes consorcios económicos. La tesis de la calidad, de la modernidad y la eficacia que maneja la educación superior privada en Latinoamérica está dirigida a sectores muy concretos. Sectores minoritarios que huyen de la enseñanza estatal. Y que buscan producción de los cuadros de dirección y control del poder económico como instrumento de control de lo político y social. En este sentido, la universidad pública quedaría relegada a aquellos "otros niveles profesionales" que por sus características no participan de este privilegiado *status* de reconocimiento social. Sólo hay que echar un vistazo a los planes de estudio de muchas de las universidades privadas de este continente, caso por ejemplo de los planes de estudio del afamado TEC de Monterrey (México), para darnos cuenta del tipo de formación que se ofrece y a quien va dirigida. La finalidad última de universidades como el TEC, a caballo entre la formación en alta tecnología y el "Manager Financiero", es nutrir

al mercado del sector económico, no ya privado sino público, de los individuos capaces de llevar una política neoliberal eficaz. En un país tan desequilibrado económicamente y socialmente como México, la presencia del TEC a lo largo del país ha ido creciendo. Ya no sólo aspira a dominar su tradicional coto territorial norteño, sino que se ha extendido hasta las zonas del centro e incluso del sur, en las que se convierte en un referente educativo de los sectores de las clases medias altas y altas de aquellas zonas. Lo que nos permite vislumbrar que la estrategia de instituciones como el TEC de Monterrey es la de convertirse en oferta hegemónica de una educación superior para aquellos sectores sociales que necesitan: de una parte, reproducir sus formas de producción adaptándolas a los nuevos tiempos globalizados; y, de otra, para aquellos hijos de la media y alta burguesía funcional del país que han perdido ya su confianza en la merceda universidad estatal o regional. En este sentido, podemos constatar que hoy en día la universidad pública latinoamericana ya no forma a los líderes políticos, sociales y financieros de los países latinoamericanos como así ocurría todavía en las décadas de los sesenta y setenta. Ese papel ha sido ahora adjudicado a corporaciones privadas como el TEC, que reproducen en sus currículos, de una manera más "salvaje" y sin ningún rubor, las necesidades operativas del mercado.

Por otra parte, contrario a lo que pareciese, al mercado no le interesa la desaparición de la universidad pública y mucho menos en

aquellas zonas geografías con fuertes desequilibrios sociales en las que la educación pública es vista como la única posible salida de las clases populares, generando un escarapate de expectativas de ascenso social que luego el mismo mercado se encarga de truncar por la dinámica de la ley de la oferta y la demanda. En esos contextos —muy frecuentes en la América Latina— la enseñanza pública es diseñada como un "parapeto" del conflicto social. Es decir, la educación en manos del Estado está inmersa en una especie de "simulacro de la aspiración social" que tiene por finalidad acoger a amplios sectores populares que no pueden acceder al "paraíso formativo" de la universidad privada. Al mercado, para quien viven y se desarrollan estas instituciones privadas, no le interesa saturarse de un número infinito de profesionales egresados de "sus universidades". Por el contrario, establece medidas de selección, coerción y regulación destinadas a procurar una oferta laboral limitada, confirmando un equilibrio entre lo que se necesita y lo que debe formar, en aplicación de leyes mercantiles cuya finalidad es la de regular los flujos educativos buscando que la formación no sature las ofertas. En este sentido, los cotos de las matrículas, que se revisan anualmente, constituye una forma de regularización "natural" del propio mercado; y actúa de manera disuasoria frente a aquellos sectores sociales que aspiran a su acceso.

Por el contrario, la universidad pública, en aras de mantener vivo el ideal del "bien

común", se preocupa por cubrir aquellos "otros saberes" (saberes no cotizados por el mercado neoliberal) que han formado parte de su tradición educativa y humanística. Saberes como los de las ciencias humanas que cada vez adquieren menos legitimidad social en una sociedad dominada por los *mass media* para quienes el éxito social y el triunfo económico se convierten en referentes privilegiados de la vida social.

V

Visto así, el panorama educativo americano actual pareciese ofrecer pocas alegrías. Pero esta crisis de la educación no nos puede dejar paralizados. Por el contrario, es necesario movilizarse. Reflexionar sobre las medidas destinadas a convertir la educación pública en una educación viable y necesaria, y no como el patio trasero de la educación privada. Una educación pública para el desarrollo democrático y solidario, y no exclusivamente para el mercado. Como afirma Adriana Puigros:

"Sostener el espacio público es indispensable como lugar en el cual deben crecer nuevos sujetos pedagógicos y alternativas democráticas a la educación tradicional. [...] Es con el material de la educación masiva pública, democrática, que se puede construir nuevas opciones sistemáticas y progresistas. [...] Todos hemos cambiado, y también nuestras necesidades, aspiraciones e imaginarios. El progresismo debe

advertirlo so pena de producir discursos vacíos" (2001: 18).

Por ello, hoy, cuando la universidad pública se ve sometida a un proceso de ataque por parte de los sectores más reaccionarios y conservadores de la sociedad latinoamericana, es necesario que el Estado reafirme su compromiso con esta institución. Como afirma Roberto Rodríguez Gómez, sociólogo de la UNAM:

"La función de liderazgo académico se convierte en central al apreciar el trascendente papel de la institución en la formación de futuros líderes en los distintos campos y dominios de actividad" (2001: 64).

De manera que la universidad pública del siglo XXI debe seguir manteniendo una legitimidad y una visibilidad que le permita seguir siendo un referente fundamental del Estado:

"Es preciso agregar que, a futuro, la activación de sus funciones académicas depende, en buena medida, de las relaciones y pactos que pueda establecer la institución con la sociedad en general y con el Estado para allegarse los medios que garanticen el nivel de calidad académica que se busca sostener e incrementar" (2001: 64).

Es necesario, reactivar el compromiso entre Estado y Universidad como tarea prioritaria de la sociedad actual. Fortaleciendo la idea

de la formación integral y multidisciplinar como elemento eje de la nueva educación del siglo: una sociedad tan plural y diversa como la latinoamericana; tan heterodoxa y multicultural, no puede transitar por el desarrollo democrático y de justicia social si no es desde este posicionamiento de comprensión del mundo.

La formación integral constituye una tradición plenamente insertada en las instituciones públicas latinoamericanas. Ahora es necesario que esta tradición se relance bajo un nuevo marco de referencias cognitivas y metodologías. La formación del ciudadano latinoamericano del siglo XXI debe asentarse en la versatilidad, la interdisciplinaridad y la eficacia. La educación superior debe ser capaz de ofrecer las herramientas necesarias para entender un área cultural tan compleja, alejándonos de una formación exclusivamente de saberes operativos. Debe propiciar una formación que no busque tan sólo satisfacer las necesidades inmediatas del mercado neoliberal, sino responder con veracidad y espíritu crítico al complejo cuadro de las sociedades marcadas por la hibridación cultural. La interrelación mundial es un hecho incuestionable. Las soluciones a los problemas no admiten meras recetas locales, sino acciones que miren sobre contextos más amplios. Problemas como el de la marginación, las drogas, el hambre, o tantos otros, no pueden ser vistos desde un posicionamiento exclusivamente local o regional, tal y como los grandes centros del poder mundial nos

quieren hacer creer. Tampoco existe la responsabilidad única de estos problemas, unos determinados países no pueden ser estigmatizados por cuestiones cuya solución no pasa exclusivamente por sus políticas internas. Por ello, la formación universitaria debe romper con la visión hegemónica del conocimiento, con la visión unidireccional que conlleva siempre la "receta salvadora". Debe admitir la complejidad del sistema de formación como camino para emprender cualquier solución: las lecturas de la realidad así lo demandan, la pluralidad y heterogeneidad de las sociedades latinoamericanas así lo requieren.

Además, es necesario que en este contexto de interdependencia, de mestizaje cultural, nuestro universo simbólico del conocimiento incorpore nuevos referentes, admitiendo que el planteamiento interdisciplinar es una vía efectiva para poder acceder a una visión más justa y eficaz de los problemas. Por ello es necesario replantearnos nuestro *ritual académico* y converger hacia una formación pedagógica más interconexionada entre lo humanístico y lo científico; a la vez que más estricta en sus criterios de calidad y de rendimiento. Porque, una buena educación pública no está reñida con el hecho de ser competitivos. El problema no es el de serlo o no, el problema es cómo queremos serlo y a qué intereses está dedicada esta competitividad.

Hoy, más que nunca, la barrera que separa a la llamada ciencia experimental de las

ciencias humanas se ha convertido en una barrera ficticia, no operativa en la estrategia de la formación integral del individuo. Por el contrario, es necesario analizar la fuerte interconexión de los saberes: del científico y el artístico; del literario y el científico; entre la ciencia y los "otros saberes" que todavía no adquieren ese *status*, pero que están provistos de una fuerte legitimidad social.

Asimismo, es necesario abandonar el paternalismo de nuestra práctica educativa. Práctica que convierte —con suma frecuencia— a la enseñanza universitaria en una mera continuidad de la enseñanza secundaria. Es necesario optar por una educación más flexiva curricularmente, pero, a la vez, más exigente, mejor equipada en su planteamiento interdisciplinar: la idea de carrera con perfil cerrado está pasando a mejor vida. Hoy la formación debe plantearse desde una visión pluridireccional, de manera de que al individuo se le dote de un complejo sistema de herramientas intelectuales que le permitan construir un referente válido de pensamiento para una sociedad asentada en la simultaneidad de lo simultáneo.

VI

La cuestión de la identidad nacional ha tomado un nuevo rumbo en el contexto latinoamericano. Un rumbo que ya no pasa por redefinir, una y otra vez, el viejo concepto de Estado, sino de plantearse cuestiones como:

¿Qué vamos hacer con el Estado, en un mundo interdependiente, globalizado y dominado por las relaciones económicas, sociales y culturales que se escapan a la visión y la acción de lo nacional? Y en esa concepción, ¿qué nuevo papel debe jugar la educación? Cuestiones que implican, a su vez, preguntarnos por el tipo de identidad que queremos o sobre el carácter de ciudadanía que debemos manejar.

Históricamente, la universidad pública latinoamericana ha sido uno de los grandes foros del debate nacionalista. En razón de sus sistemas pedagógicos y de conocimientos asimilados a este concepto de "lo nacional" (el positivismo, el humanismo y el normalismo) (Torres, 2001), la universidad ha contribuido a definir el modelo de Estado latinoamericano. Hoy, educar para integrar al ciudadano en un contexto nacional tradicional constituye una acción infructuosa, una tarea destinada al fracaso, que choca frontalmente con los intereses del ideario globalizado en el que ya nos movemos. Podemos resistir en nuestra trinchera ideológica mientras el mercado "arrasa el campo", o podemos convertirnos en una posibilidad real en el control de la agenda globalizada, planteándonos alternativas que nos permitan su construcción en función de nuestros intereses colectivos. Si optamos por esta segunda opción, es necesario que nos planteemos una estrategia a largo plazo sobre el control del despliegue de la agenda neoliberal. Un control que pase de la resistencia

numantina a la acción en función del refortalecimiento de lo público, de éste como instrumento fundamental de la educación; sin que esta circunstancia deseche totalmente la participación del sector privado, pero sí llegando con él a un consenso marcado por una agenda de prioridades mínimas y acciones destinadas a fortalecer a los sectores más deprimidos de la sociedad y más rezagados de la sociedad del conocimiento.

En los actuales momentos, y dado el franco deterioro de la educación pública universitaria, es ante todo necesario proponer, por lo menos en una fase inicial, que se produzca un situación de "discriminación positiva" con respecto a la educación pública latinoamericana, y un control más exhaustivo del crecimiento de la oferta privada.

Conjuntamente con este proceso es necesaria una profunda revisión de la situación de la educación pública en el continente. Una revisión que parta de una auténtica autocrítica de la historia de la universidad pública y que promueva el destierro definitivo de aquellas prácticas y metodologías que sean detectadas como inoperantes, inmovilistas y profundamente perjudiciales. Prácticas y modelos que la tradición universitaria erróneamente ha convertido en patrimonio, en referente de identidad y que se han convertido en un lastre histórico que propicia el descrédito de nuestras universidades. Me refiero, por ejemplo, a

aspectos como el clientelismo, el paternalismo, el falso discurso nacionalista, la falta de presencia internacional y, sobre todo, el histórico complejo de inferioridad y dependencia que se ha convertido en una situación ya crónica. Hay que sincerarse en el hecho de que en nuestras universidades coexisten: lo caótico, lo confuso, lo intenso, lo apaciguado, lo normativo; con lo sistemático y lo metódico, lo ordenado, lo sintético y lo analítico. Ésta es una realidad palpable, una realidad constatable diariamente. Nuestro proceso de hibridación ha sido amplio y generoso, traumático y aleccionador; y, como afirma Torres, nos ha llevado a construir tradiciones:

"que en ocasiones se intersectan, en ocasiones se oponen, en ocasiones gestan sincretismos y un eclecticismo tal en las políticas y el pensamiento de individuos e instituciones que permite que los paradigmas tomen prestados conceptos pedagógicos unos de otros, de manera muy libertaria, en ocasiones sin método o rigor epistemológico alguno" (2001: 30).

Todo ello conforma las señas de identidad; pero no por ello no debemos ponerlo en revisión. Y es desde este proceso que debemos enfrentar el reto de la globalización. Desde una heterodoxia cultural y conceptual que, en sus momentos más críticos y decisivos, supo ofrecer al mundo propuestas de una indudable originalidad científica y humanística. Convencernos y convencer al entorno internacional de que nuestras universidades

públicas no sólo arrastran problemas y dificultades, sino que poseen una enorme capacidad creativa, son el reflejo de una raigambre cultural lo suficientemente rica y variada como para enfrentar los retos de la sociedad del siglo XXI, son cuestiones que no pueden demorar más tiempo. Para ello, debemos impulsar desde nuestras universidades tres aspectos característicos de la labor académica actual: *la investigación, la docencia y la difusión*. Hoy no es comprensible, ni aceptable, una universidad sin una fuerte actividad investigadora, desarrollada por grupos y cuerpos académicos solidamente constituidos, con conexiones nacionales e internacionales y reconocidos por las instituciones del Estado destinadas a evaluar su labor y contribuir a su financiación. La docencia universitaria es hoy una docencia que parte de la investigación como referente: sólo se puede establecer docencia de alta calidad en función de aquello que se investiga en profundidad. De manera que el alumno ha dejado de ser un mero receptor de un discurso importado o reciclado, para convertirse en protagonista de un saber en gestación. Un saber que metodológicamente concibe la enseñanza universitaria como un binomio profesor-alumno dentro de un contexto creativo e interdisciplinar.

Por último, la difusión constituye el tercer aspecto en importancia de la nueva academia universitaria. Difundir a nivel local, nacional e internacional aquello sobre lo que se investiga y trabaja es una necesidad prioritaria. La inversión en este rubro debe

ser continua y amplia. Fomentando las publicaciones indexadas, los canales de difusión, los foros de debate, etc., que permitan que la institución obtenga una visibilidad y un reconocimiento internacional. En este sentido, el área latinoamericana debe establecer una red de difusión propia. Actualmente, hay un cierto monopolio de la difusión investigadora por parte de los grandes centros del poder (caso del modelo norteamericano y del europeo) en el que los trabajos de los investigadores latinoamericanos no encuentran el necesario y adecuado eco, sobre todo cuando son investigadores que no trabajan en universidades de esas áreas de influencia. Rigiéndose por patrones evaluativos que tienen sólo en cuenta las realidades de los países del primer mundo y desconociendo parámetros distintos. Por ello, se deben construir instrumentos propios de difusión, contrastados y perfeccionados, en los que queden plasmados los intereses de la región latinoamericana y sirvan para conexas las distintas redes investigativas que en ella se encuentran trabajando.

Asimismo, debemos atraer hacia nuestras universidades y centros de investigación estudiantes internacionales, en un proceso de ampliación de nuestras ofertas, además de crear una red de intercambio estudiantil y fortalecer políticas de intercambio académicas reales y eficaces, destinadas a poder cursar una carrera o estudios de postgrados en diversos centros de la región, llegando a obtener una titulación

homologable por todos los países del área. No podemos seguir aceptando pasivamente que los grandes centros del conocimiento de la cultura latinoamericana se encuentren precisamente fuera de nuestra geografía.

En resumen, la educación superior latinoamericana se encuentra ante uno de sus grandes retos históricos. Lejos de las grandes palabras, es el momento de desarrollar las acciones. La mayoría de los que de alguna manera u otra estamos ligados a su realidad, trabajamos e investigamos en sus centros, somos conscientes de que no podemos seguir reproduciendo situaciones obsoletas y sistemas de conocimiento que nos alejan cada vez más de los problemas reales que tenemos en nuestras regiones, pero también en el mundo. Seguir planteándonos políticas aisladas, con un gran derroche de recursos humanos y económicos, pero sin resultados verdaderamente transformadores. Es necesario planificar estrategias comunes como lo realizan en otras áreas mundiales: la europea, la norteamericana, la asiática. Podemos y debemos hacerlo con la intención de superar la América de las dos, de las tres velocidades.

En un mundo que se polariza en bloques estratégicos de influencia, esta acción debe ser una prioridad. Los gobernantes tienen la obligación de ponerse de acuerdo, de implementar planes en común y superar las diferencias. La universidad latinoamericana debe saber entender que los cambios son también necesarios, que necesita abandonar políticas y prácticas que han propiciado el rezago mundial de nuestras instituciones y han supuesto su descrédito social. Es evidente que la solución no va a venir de la mano de la educación privada. A más de treinta años de su instauración en diversos países del continente han demostrado que sus propuestas no suponen un avance social indudable y, con honrosas excepciones, sus niveles de investigación siguen siendo muy inferiores a los de las universidades estatales y públicas. La universidad privada debe existir, pero nunca en detrimento de la universidad pública. Ésta, todavía, sigue siendo, a pesar de todos sus problemas y vicisitudes, la única institución que puede garantizar una formación integral del individuo. Una educación en función del "bien común" y el desarrollo de los valores democráticos.

Bibliografía

ACOSTA SILVA, A. (2000). *Estado, políticas y universidades en un periodo de transición*. México: Universidad de Guadalajara/FCE.

HOYOS VÁSQUEZ, G. *Nuevas relaciones entre la universidad, el Estado y la sociedad*. SOTO

- ARANGO, D.; LUCENA SALMORAL, M.; RINCÓN, C. (Directores) (2005). *Estudios sobre la universidad latinoamericana. De la colonia al siglo XXI*. Bogotá: RUDECOLOMBIA/COLCIENCIAS, pp.289-322.
- LEVY, D. C. (1986). *La educación superior y el Estado Latinoamericano. Desafíos privados al predominio público*. México: UNAM.
- PUIGGROSS, A. Educación y poder: los desafíos del próximo siglo. TORRES, C. A. (comp.).(2001). *Paulo Freire y la agenda de la educación latinoamericana en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO, ASDI, pp. 9-22.
- RODRÍGUEZ GÓMEZ, R. La universidad latinoamericana y el siglo XXI. Algunos retos estructurales. TORRES, C. A. (comp.). (2001). *Paulo Freire y la agenda de la educación latinoamericana en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO, ASDI, pp. 53-80.
- RUIZ DEL CASTILLO, A. (2002). *Educación superior y globalización. Educar, ¿para qué?* Colombia: Plaza y Valdes.
- TORRES, C. A. (comp.). (2001). *Paulo Freire y la agenda de la educación latinoamericana en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO, ASDI.
- TORRES, C. A. Grandezas y miserias de la educación latinoamericana del siglo veinte. TORRES, C. A. (comp.). (2001). *Paulo Freire y la agenda de la educación latinoamericana en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO, ASDI, pp. 23-52.

Resumen

El propósito de este artículo es llamar la atención sobre el fenómeno de la globalización y su incidencia en la educación superior en Latinoamérica. Se trata de destacar las características de esta incidencia y los nuevos retos que supone para la educación pública, calificada, por gran parte de los expertos, como una educación en crisis. La cada vez más acentuada presencia de la oferta educativa privada, la creciente marginación de la universidad pública y la instauración de los nuevos modelos económicos neoliberales en la región constituyen otros de los aspectos que son analizados en el presente texto.

Palabras Claves: Globalización. Neoliberalismo. Educación. Latinoamérica.

Abstract

The intention of this article is to call the attention in relation to the phenomenon of the globalization and its incidence on the superior education in Latin America. One is to emphasize

the characteristics of this incidence and the new challenges that suppose for the public education, described, by great part of the experts, like an education in crisis. More and more accentuated presence of the private educative supply, the increasing marginalization of the public university and the restoration of the new neoliberal economic models in the region, constitute others of the aspects that are analyzed in the present text.

Key words: Globalización. Neoliberalismo. Education. Latin America.

Antonio E. de Pedro Robles

*Profesor Investigador de la
Unidad Académica Multidisciplinaria
en Ciencias, Educación y Humanidades,
Universidad Autónoma de Tamaulipas (UAT)
Centro Universitario "Adolfo López Mateos", s/n.
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México*